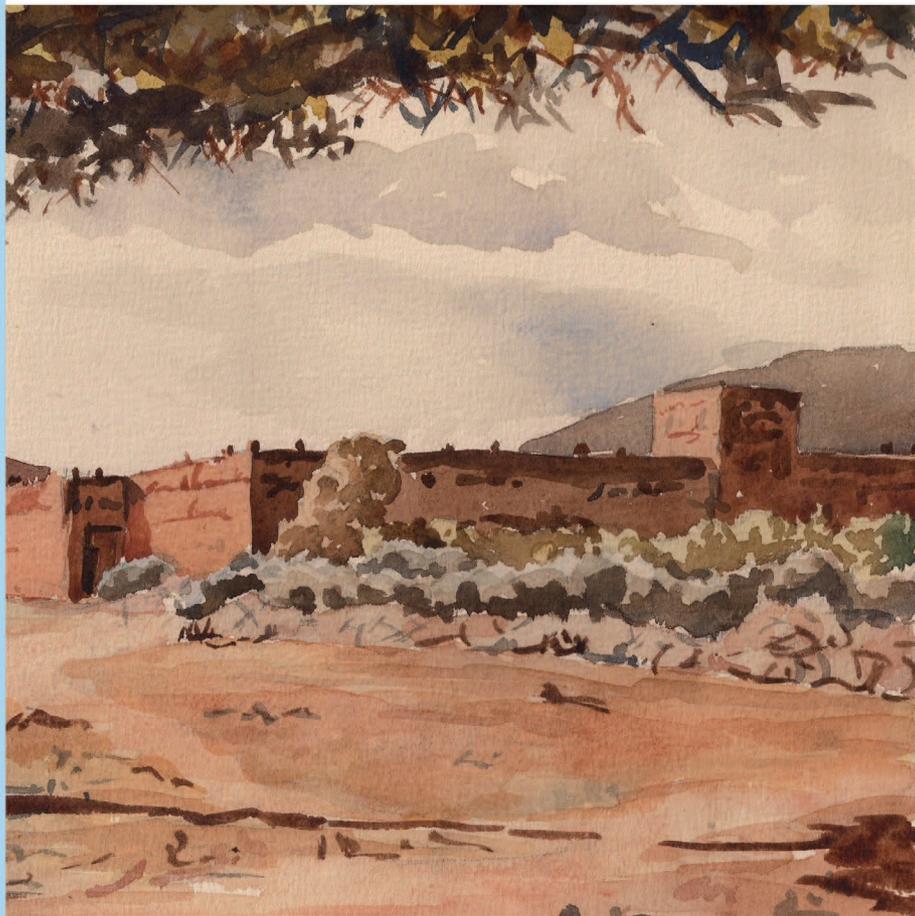


MIGUEL SÁENZ

Territorio



Territorio

COLECCIÓN
LITERADURA

Miguel Sáenz

Territorio

Postfacio de Eduardo Gallarza



Primera edición: febrero de 2017

© Miguel Sáenz, 2017

© del postfacio: Eduardo Gallarza, 2017

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2017

c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net

IBIC: FA

ISBN: 978-84-945526-2-5

Dep. Legal: M-2088-2017

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: © Miguel Sáenz, 2017

Las fotos, dibujos, cuadros y el resto de material gráfico utilizado pertenecen
a los archivos privados del autor

Interior de cubierta: *Mapa de Ifni 57-58*, El Rincón de Sidi Ifni,

www.sidi-ifni.com, CC BY-SA 3.0

Producción gráfica: Gohegraf

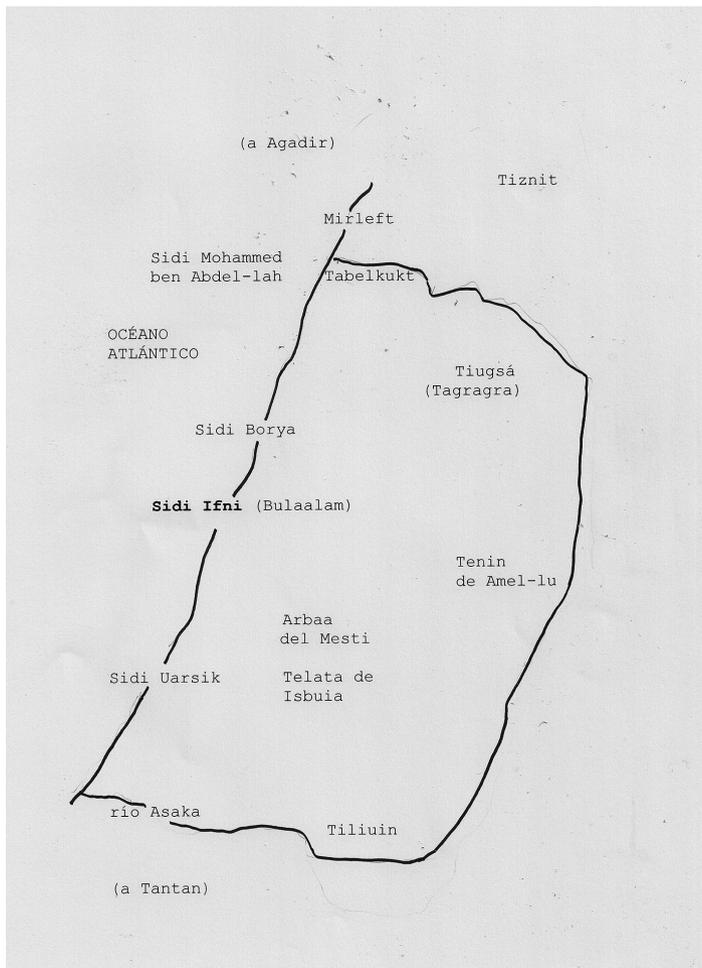
Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Territorio



DESDE HACE MEDIO SIGLO paseo por el mundo una novela, sabiendo que algún día tendré que soltarla. Nunca he tenido prisa. Escribí otras cosas que no me importaban, solo para convencerme de que podría terminar mi novela cuando quisiera. Ha llegado el momento.

Me he contado esta historia mil veces, la historia de una infancia africana (hubo un tiempo en que quise dedicar mi libro a Doris Lessing y a Elspeth Huxley), pero ahora no estoy seguro de que ese sea mi tema y, de todas formas, mi infancia transcurrió al norte del Sáhara. ¿Es esa la verdadera África? Mi motivo central es mucho más la nostalgia de un paraíso perdido, una nostalgia que comenzó cuando aún vivía en el paraíso. Sabía que crecer era suicida, pero suicidarme era lo único que me hubiera impedido crecer y no tenía intención de hacerlo.

¿Novela autobiográfica (mi computadora, con su peculiar sentido del humor, ha escrito *autobiografía*)? Sí, claro, como todas las novelas, pero no más que cualquier otra. Un párrafo que en un momento dado pensé incluir decía que mi historia era cierta en líneas generales pero falsa en los detalles, aunque enseguida me di cuenta de que hubiera podido decir exactamente lo contrario, y con los años he aprendido a desconfiar de las afirmaciones (que son la mayoría) tan ciertas como sus opuestas. Además, la carga autobiográfica —tengo que decirlo de antemano— queda muy reducida por dos motivos: uno es mi mala memoria, escandalosa en los últimos tiempos; otro, mi resistencia natural a repetir cualquier cosa del mismo modo. Me he contado tantas veces cada uno de los episodios que, en el fondo, todos ellos me parecen ya mentira... y probablemente lo son.

Bueno, tengo que contar mi historia. ¿Por qué? No es fácil decirlo, pero creo que hay una respuesta. Simplemente porque, como toda historia humana, la mía es única. Podrá resultar a veces aburrida, trivial, ridícula y hasta penosa, pero es la mía. Nunca ha habido ni habrá otra historia igual. En algunas ocasiones he pensado que lo único realmente auténtico en el hombre, lo único que de verdad lo distingue de los animales, es saberse distinto.

Por cierto, en sus primeras versiones (puramente mentales) este texto iba encabezado por una cita de *El salario*

del miedo, de Georges Arnaud: «No se busque en este libro esa exactitud geográfica que no es nunca más que una añagaza: Guatemala, por ejemplo, no existe. Lo sé, he vivido en ella».

LA TIERRA

NADIE EN SU SANO JUICIO comienza hoy en día una novela describiendo un paisaje, pero, además de no tener especiales pretensiones de cordura, me parece necesario empezar por el Territorio, porque nunca fue un simple escenario donde ocurrían cosas sino el personaje principal de mi historia. (Desconfiad de la primera persona.)

El Territorio era un pequeño rectángulo en el mapa, de límites trazados con tiralíneas. Muchas veces he recordado uno de los libros de mi infancia, cuyo título español era, creo, *Tom Sawyer a través del mundo*, y en el que Tom y Huck, subidos en un globo, se irritaban porque las fronteras entre los Estados norteamericanos no estaban debidamente delineadas y, por si fuera poco, los propios Estados no tenían el color —rosa, verde...— que, según el mapa, debían tener.

A mí nunca me han parecido serios los Estados, provincias o demarcaciones de cualquier clase con límites rectilíneos.

De lo que sí estoy seguro es de que el Territorio, en los mapas, no ocupaba un lugar preciso. Estaba inserto en Marruecos, y sus orígenes, tan poco claros, se debían a un borroso tratado (¿Wad-Ras?) por el que España obtuvo el derecho de establecer en la costa africana una factoría pesquera. Una cosa era segura: el Territorio (que en el tratado se llamaba Santa Cruz de la Mar Pequeña) nunca estuvo donde se decidió finalmente que estaba. Quizá cayera más al sur, en lo que entonces se llamaba Agadir. Quizá más abajo aún, en lo que también entonces era Cabo Juby... Pero jamás hubiera podido establecerse una factoría pesquera donde, para evitar problemas con marroquíes y franceses, se decidió que estaba el Territorio, por la sencilla razón de que allí no había quien pescase. No es que no hubiera peces: es que no había posibilidad de atraparlos. Sin embargo, de esto hablaré más despacio en el capítulo dedicado al Mar (con mayúscula), que es el otro gran personaje (en realidad el Malo) de esta historia.

La ocupación del Territorio en 1934 se debió a un coronel, luego general, llamado Osvaldo Capaz, cuya vida merecería por sí sola una novela de verdad, y el Territorio surgió así, inocente y expectante, dispuesto a todo, aunque en el fondo a nada. Para pescar no servía, y para cultivar cualquier cosa servía de muy poco. Era una especie de isla canaria, la

más seca y desértica. No tenía minerales interesantes. Alguien habló alguna vez de fosfatos o de petróleo, pero se trataba de sueños que jamás se materializaron, al menos mientras el Territorio fue mi territorio. Y ni siquiera reunía caracteres fantásticos suficientes para convertirse en un Yoknapatawpha o un Macondo de vía estrecha, nombres que, de todas formas, no me decían, no podían decirme nada.

La historia de la llegada al Territorio de nuestra familia es importante porque marca el comienzo de un proceso, nunca interrumpido, de desmitificación. Durante los once años más o menos que permanecemos allí, nos dedicamos a sostener, contra viento y marea, que el lugar y sus habitantes no tenían nada de exótico, que todo era de lo más normal (aunque apenas hubiera agua, el siroco nos visitara al menos una vez al año y las plagas de langosta abundaran) y que en realidad el Territorio solo era un trocito de España como cualquier otro. Sin embargo, la realidad se burlaba a diario de nuestros esfuerzos.

(El teniente coronel Doménech, experto entre los expertos, escribió: «Ait Ba Amrán padece sed; precisa agua».)

Por alguna razón no aclarada y que no es necesario aclarar, entré por primera vez en el Territorio por abajo, es decir, por la parte del Sáhara entonces llamada «Zona sur del Protectorado». Debía de ser el año 1941, o quizá el 42, y la Guerra Mundial hacía poco aconsejable atravesar un

Marruecos que era el protectorado de una Francia invadida por Alemania. Mi familia y yo llegamos a Cabo Juby desde Canarias (probablemente en barco o en alguno de aquellos legendarios aviones Ju 52, de chapa ondulada, que eran el medio de transporte habitual) y viajamos luego por carretera a través de Marruecos hasta llegar a Tan-tan, que señalaba el límite inferior del Territorio. Cruzamos (crucé por primera y última vez en mi vida) el río Asaka, de aguas siempre verdes, oscuras y tranquilas. El único río del Territorio donde el agua corría, es decir, el único río. La leyenda familiar decía que alguien conocido se ahogó en él alguna vez, pero hoy creo que era una historia sin fundamento. «Hasta aquí llega España», escribió Chaves Nogales.

En cualquier caso, la base histórica de todo aquello era el tratado de paz y amistad entre España y Marruecos de 1860 y, concretamente, su artículo 8º que, como me he molestado en buscarlo, no puedo dejar de transcribir: «Su Majestad marroquí se obliga a conceder a perpetuidad a Su Majestad Católica, en la costa del Océano, junto a Santa Cruz la Pequeña, el territorio suficiente para la formación de un establecimiento de pesquería como el que España tuvo allí antiguamente».

La vegetación del Territorio era escasa y agreste, los árboles eran sobre todo palmeras, que crecían en los lugares, escasos, donde había aguas freáticas. La chumbera, que en

Marruecos servía para delimitar las huertas, era allí la huerta. Y las plantas eran en su mayoría euforbios, de látex blanco en lugar de savia. Un látex cáustico. Con algunos (la tabaiba canaria) se podía hacer chicle (al menos eso era lo que los chicos del Territorio decíamos), aunque nunca conocí a ninguno que lo hiciera, y una vez que, en una de mis excursiones, se me ocurrió recolectar látex de los achaparrados e hirsutos *tiquiuts*, volví a casa con el rostro hinchado como el del niño de la familia Monster tras haber hecho algún experimento infernal, lo que produjo en mi familia cierta conmoción.

«A vista de pájaro, esta nueva provincia española de Ifni no es gran cosa» (Chaves Nogales). A mí el paisaje del Territorio me parecía bellissimo. Desde la balconada de nuestro cuarto de estar se podía ver una montaña enigmática y tranquila, de formas redondas: el Bu La Alam, que no me cansaba de contemplar. Durante meses, quizá



durante años, pinté de ella una acuarela siempre inacabada, una acuarela que, por desgracia, se perdió en la última de nuestras mudanzas. Yo, que no tenía ni idea de geología, decía que aquella montaña debía pertenecer al Paleozoico, dada su suave erosión.

Sin embargo, mi paisaje favorito era el de Tagragra (una alta llanura que rodeaba Tiugsá), en el interior del Territorio. Allí la tierra, increíblemente, era de color ocre, pero no manchaba. Y el argán (uno de los árboles más pintorescos que nunca he visto) era el rey absoluto. Extraño árbol, de hojas como pinchos y aceitunas de aceite espeso y dulce... Un aceite, por cierto, que se extrae del hueso de la aceituna *después* de haber atravesado esa aceituna el tracto intestinal de la cabra, que ramonea en sus ramas (de ahí la denominación de «pasto suspendido»). Por otra parte, disponiendo de un argán, cuatro montes bajos y una alcazaba de arcilla roja, no hacía falta tener mucho talento para pintar acuarelas memorables.

La palmera era un lujo. Como decía Doménech, solo necesitaba tres elementos: agua, sol y hombre. En cuanto a la población indígena (¿por qué no utilizar la palabra «indígena», tan injustamente devaluada?), se componía de beberes, más concretamente aitbaamaranes, cuyas esbeltas mujeres vestían en el campo de un azul casi negro y cuyos delgados hombres iban casi siempre de blanco o de cualquier cosa... O al menos así aparecen en mi recuerdo.

El Territorio era un lugar mítico, que no dejaba duda alguna sobre su carácter. Recorrerlo era una ocupación para todas las horas del día de todos los días. Y lo sorprendente es que yo, con mis nueve años apenas cumplidos, me daba cuenta perfectamente.

EL MAR

SÉ QUE ES EL CAPÍTULO más difícil y me da miedo empezarlo, pero no hay más remedio: el mar será una presencia constante en este libro. El mar era el Atlántico, claro, el único mar digno de ese nombre. Cuando pienso (lo hago despierto por las noches) en mis años de infancia y juventud me veo siempre paseando por la arena, a orillas del mar. Y es lo más parecido a la felicidad que recuerdo.

El Atlántico era inmenso, abrumador. Visto desde lo alto de Sidi Ifni, sobre el acantilado rojo, exhibía unas olas largas e imperturbables que rompían sin cesar. Los ifneños las contemplaban desde una alta barandilla, lugar de reunión privilegiado. Siete olas. Embarcar o desembarcar con aquellas olas era temerario. Los marinos nativos (nunca se me ocurriría llamarlos marineros), con las piernas desnudas y

enjutos como estacas, se subían a sus carabos (el diccionario dice que se dice cárabo, pero todo el mundo decía entonces carabo), embarcaciones de belleza incomparable. Tuvieron que pasar muchos años hasta que pudiera ver, en el cine, algo semejante: *Hombres de Arán*, de Robert J. Flaherty. Un *rais* tan enteco y fibroso como los demás marinos los animaba. Sin él, nunca hubieran podido superar las siete olas, aunque, en realidad, el método que utilizaban era sencillo: atravesar cada ola de frente (las olas tenían una enorme potencia destructora) y aguantar luego de costado, cuando en paralelo a la playa y templando con los remos, para embestir luego, casi por sorpresa, la siguiente ola.



Los pasajeros que iban a Canarias se embarcaban en los carabos subiéndose a los hombros de los marinos para no mojarse, y los carabos los llevaban luego hasta el barquito que hacía la travesía. Nuestra familia, y en especial yo —que era quien más veces fue a Tenerife cuando estudiaba ya en la universidad—, evitábamos siempre que pudiéramos aquel azaroso viaje en barco. En realidad, solo recuerdo una travesía de todos juntos y no fue a Canarias, sino hasta Barcelona: un largo viaje en un barco cargado de *tisga* (más conocida por quebracho, aunque se trataba de raíz de argán), que nos valió ser internados un par de días, en plena Guerra Mundial, en el puerto de Gibraltar. Claro está que atravesar Marruecos por tierra durante la guerra en un autobús incierto llamado *La Gacela de Ifni* o, peor aún, volar en un Ju 52 hasta Canarias, con escala en Cabo Juby, tampoco carecía de riesgos. Pero sobre todo esto hablaré más adelante.

En fin, los viajes por mar, en aquellos tiempos en que todavía no se habían construido en Sidi Ifni un embarcadero y un funicular (que nosotros nunca llegamos a conocer y que hoy, según dicen, están en ruinas), se hacían en un par de barquitos de carga y pasaje, sobre todo en el llamado *Ca-zón*, que solía permanecer en el mar durante semanas, a veces meses, fondeado frente a la costa de Sidi Ifni, esperando a que su majestad el Atlántico se dignara amainar. Cuando los marineros del barco se hartaban, tiraban su carga o parte de

ella al agua, para que las olas la llevaran hasta la costa. Los bidones de gasolina o gasóleo no eran problema: flotaban y acababan inevitablemente embarrancando en la playa... aunque a veces unos kilómetros más al sur. Otra cosa eran los caballos (una vez se ahogó uno espléndido, casi un pura-sangre) y los cerdos (una de las imágenes que me persiguió en la infancia, aunque nunca la vi realmente, fue la de unos cerdos —buenos nadadores, pero no lo suficiente— que, al parecer, angustiados, se arañaron el cuello con las pezuñas al sentir que se ahogaban, hasta morir desangrados).

El mar me infundía un enorme respeto y la playa era para mí un escenario constante de aventuras. «Hasta ahora —escribió Chaves Nogales en 1934— la dificultad de Ifni es únicamente el mar». Y en otro lugar añade: «El mar es nuestro enemigo. Ha sido el único enemigo que España ha encontrado en Ifni». Cuando vivíamos en la Factoría, mi mar era el trozo de mar que teníamos enfrente. Poco interesante con marea alta (los carabos varados, los almacenes, la carga de toda índole, los bidones de petróleo y gasolina, los fardos que olían indefectiblemente a algarroba, algún que otro policía... quedaban mucho más a la izquierda, hacia la ciudad), pero delante de nosotros, con marea baja, se abría una gran extensión de rocas, charcas marinas y olas que batían a lo lejos.

Pescar en aquellas charcas fue mi pasatiempo favorito en mis primeros tiempos en el Territorio. Por de pronto, apren-

dí a desplazarme sobre las piedras con agilidad, sin rozarlas apenas con los pies y, por supuesto, sin destrozármelos. Una habilidad que hasta cierto punto conservo y que, como el hombre se envanece de las cosas más tontas, sigue enorgulleciéndome. En aquellos charcos y charcas había especies de pez que jamás, en el mundo entero, he vuelto a ver. Sobre todo unos pececillos asquerosos que se pegaban a las piedras lisas con una ventosa abdominal. Pero había también maravillas de la Naturaleza: por ejemplo, unas quisquillas transparentes que parecían de plexiglás (material que entonces comenzaba a difundirse) y podían distinguirse en el agua solo por sus ojos negros. Las quisquillas eran tímidas y se desplazaban con súbitos saltos laterales hacia cualquier parte.

Las anémonas, cohombros de mar y otros bichos me inspiraban recelo y un poco de asco. Erizos de mar no había en aquella zona. Y para encontrar percebes (los «dedos de esclavo» de los nativos, que se los comían) había que adentrarse en el mar hasta donde las eternas olas rompían. En realidad, mi pesca estelar fue una morena que encontré en una de aquellas charcas. Se había quedado varada, sorprendida por la rápida marea baja, y apenas tenía espacio para revolverse. Mi lucha con aquel pez siniestro daría a este relato caracteres épicos, pero no quiero incluirla. Muchos años después encontré en *La forja*, de Arturo Barea, un combate parecido y mucho mejor descrito de lo que yo podría hacer jamás.

Solo diré que me llevé el sanguinolento cadáver de la morena a casa, pero mi madre se negó a cocinar aquella especie de serpiente gruesa, viscosa y moteada. No se lo reprocho: dudo mucho de que yo me hubiera atrevido a probarla.

Mi inclinación por lo repipi me hizo saber enseguida muchas cosas sobre equinodermos y holotúridos. Lo que nunca pude creerme fueron las afirmaciones de los científicos sobre el carácter tímido e inocente de las morenas. Jamás he visto, en hombre ni especie animal alguna, una expresión de maldad tan absoluta como la de aquella morena que yo asesiné a pedradas.

Mis otras pescas fueron mucho más pacíficas, aunque también crueles. Aprendí pronto de los naturales del Territorio la mejor forma de pescar lenguados. Bastaba caminar por charcas de poca profundidad con un largo y afilado hierro en la mano, y hundirlo en la arena rítmicamente, entre el dedo gordo y el siguiente del pie derecho. El lenguado se asustaba de pronto y, una vez perdida su invisibilidad, el hierro lo atravesaba un segundo más tarde. Un riesgo que ofrecía esa pesca era el de encontrar una raya enterrada en la arena en lugar de un lenguado. Yo pretendí a veces haber recibido una fuerte descarga eléctrica a través del hierro que tenía en la mano, pero, aunque no dudo de la posibilidad científica, creo que se trataba de una mentira que no me atrevo a reproducir ahora. Otro riesgo muy real era atravesarse un pie.

La costa que había más allá del «Balneario», lugar de baño oficial de los habitantes de la ciudad, era interminable y fascinante, y no solo por sus decorativos arcos naturales. En la arena se encontraba de todo. Además de conchas de cualquier forma y color, había huesos de jibia blanqueados por el sol (que los maharreros utilizaban para moldear la plata de sus ajorcas y *jaljales*), infladas aguavivas o aguamalas de largos filamentos cárdenos y urticantes, enormes peces semipodridos y llenos de moscas y pulgas de mar, una vez casi un cachalote entero... Mi experiencia más increíble fue la de un día en que, de pronto, el mar comenzó a hervir literalmente de peces. Cada ola que se derramaba por la arena dejaba un montón de sardinas que saltaban desesperadas. A pocos metros de la orilla había peces más grandes: yo me fui metiendo en el agua tratando de pescarlos, hasta que me dio miedo. Porque, un poco más allá, había un sinnúmero de inquietantes aletas de escualos que venía persiguiendo a los otros peces... a los que habían decidido suicidarse en la playa. Lo he contado muchas veces, pero la gente solo se lo cree a medias.

Sin embargo, de mis largas caminatas por las playas del Territorio hay para mí un recuerdo blanco e imborrable: los enormes montones de cáscaras de mejillón que jalonan o jalonaban las playas. El musulmán no suele comer moluscos, salvo cuando padece hambre, y allí, sin duda



alguna, había habido muchas hambrunas a lo largo de la Historia.

Bañarse en el Atlántico, incluso en la zona de la playa reservada para ello, era una aventura diaria. Las mareas cubrían de arena e iban descubriendo, a lo largo de las estaciones y de los años, unas losas musgosas y resbaladizas y una serie de «piscinas». Según la marea, podía haber una piscina, dos, tres o, con marea alta, ninguna. Simplemente bañarse en la primera piscina, que era lo más habitual, en aquel Atlántico embravecido, requería un conocimiento exacto de la situación de las rocas y una rapidez de reflejos notable. Con habilidad se podía dejar que una ola lo depositara a uno so-

bre una gran roca, sabiendo que la siguiente lo arrastraría sin remedio si no saltaba antes al mar. Y el mar batía y se retiraba continuamente, sin contemplaciones: donde había dos metros de agua podía haber, un segundo más tarde, solo rocas picudas... A veces me pregunto cómo sobrevivimos y, sobre todo, cómo nuestros padres nos dejaban practicar aquel deporte demencial de alto riesgo.

Con todo, el mar es lo único que echo de menos realmente de aquellos años de infancia. En aquella época pinté con frecuencia acuarelas de la playa, los increíbles arcos rocosos y la arena que yo recorría casi a diario con afán de coleccionista y descubridor, pero el mar mismo me esquivó siempre y hoy solo me queda en los oídos una sensación de espacio, de libertad sin límites.